

LA RENOVACIÓN DE SANTIAGO

Sr. KYLE BRUINOOGE
Profesor de historia del Nuevo Testamento en Covenant Christian High School en Walker, Michigan, y es miembro de Faith PRC en Jenison, Michigan.

Después apareció a Jacobo [Santiago]; después a todos los apóstoles —1 Corintios 15:7

La fe en Cristo no es un salto a ciegas hacia lo desconocido, sino que se fundamenta en la verdad, la sustancia y la evidencia (Heb. 11:1). La fe salvadora descansa en la Palabra de Dios y en la realidad histórica de la resurrección de Cristo. Pero las experiencias de llegar a la fe varían. Algunos son instruidos en la comunidad del pacto desde la niñez, otros son llamados a salir de una profunda oscuridad espiritual, y otros llegan a creer en Cristo después de temporadas de duda o indiferencia. Sin embargo, el objeto de la fe sigue siendo el mismo: Jesucristo, el Señor resucitado. Santiago, el hermano de Jesús, es un ejemplo vívido de alguien a quien Dios trajo de la incredulidad a la fe mediante la evidencia innegable de Cristo resucitado.[1]

Santiago era medio hermano de Jesús y probablemente el mayor de los hermanos después de Jesús (Mt. 13:55). Santiago no siguió a Jesús durante su ministerio terrenal y, como muchos de sus hermanos, se mostró escéptico, incluso despectivo, ante las afirmaciones de Jesús. Juan 7:5 dice: "Porque ni aun sus hermanos creían en él" (véase también Mar. 3:21).

Aunque Santiago fue criado en un hogar judío devoto y protegido de la decadencia moral del imperio romano, aún vivía en la oscuridad espiritual. Dentro del contexto de sus padres creyentes, José y María, en el contexto de la vida familiar con el Hijo de Dios y en la realidad del extenso ministerio de Jesús, Santiago aún no creía y estaba moldeado por la duda y las suposiciones humanas. Ni siquiera las tres horas de oscuridad lo convencieron.

Imagina crecer en la misma casa que Jesús. Considera las interacciones típicas de hermanos y hermanas con Jesús presente. Ellos fueron testigos de la perfección de Jesús, oyeron sus palabras y lo vieron de cerca. Santiago recordaba, quizás con envidia, cuando, a los doce años, Jesús asombró a los maestros en el templo (Lucas 2:41-52). Sin embargo, la familiaridad no generó fe, y Santiago permaneció en la incredulidad. Esta podría ser la razón por la que, cuando Jesús colgaba de la cruz, encomendó a su madre, María, a Juan, y no a Santiago ni a ninguno de sus otros hermanos (Juan 19:27).[2]

Esto nos enseña que la fe salvadora no nace de la cercanía, de la personalidad o de la experiencia, sino que es una obra soberana de Dios, fundamentada en la verdad de la muerte de Jesús en la cruz por los pecados de su pueblo.

Y Jesús hizo eso por Santiago. Después de su resurrección, Jesús manifestó su amor por Santiago al aparecérsele de manera especial antes de su ascensión. En el capítulo más poderoso acerca de la resurrección, Pablo escribió que Cristo fue visto por Pedro, luego por una multitud de 500 personas, y luego, "después apareció a Jacobo [Santiago]" (1 Cor. 15:7). Pablo señaló que esta aparición especial que el Señor usó para cambiar el corazón de Santiago, de modo que después de esta aparición transformadora, se le encontró orando con los creyentes (Hechos 1:14), con las cualidades de un apóstol (Gal. 1:19), escribiendo una epístola (Stg. 1:1) y dirigiendo la Iglesia de Jerusalén (Hechos 15:13-21).

Santiago, también conocido como "Santiago el Justo", llegó a la fe en Cristo, a través

del testimonio presencial del Verbo hecho carne. Si bien Dios no utiliza hoy en día la presencia resucitada de Cristo de esta manera, Él da a su pueblo una "palabra profética más segura", que es su revelación escrita (2 Ped. 1:19; cf. también Lc. 16:19-31).

Pero Dios le concedió a Santiago la experiencia *de ver a Jesús*. Y se produjo una renovación. ¡Fue transformado! ¡Fue cambiado!

Ahora entendía que Jesús era su hermano mayor en el sentido más completo.

Y Dios lo usó.

Después del encuentro de Santiago con Jesús, fue llevado inmediatamente a ministrar a los apóstoles en el aposento alto después de la ascensión. Esto debió haberle impactado profundamente (Hechos 1:14). Poco después, el Espíritu Santo descendió sobre ellos en Pentecostés, y Santiago escuchó la poderosa predicación de Pedro (Hechos 2).

Y luego se encontró con Pablo, aquel que había "asolado la iglesia" (Hechos 8:3). Tras la conversión de Pablo (Hechos 9) y de sus tres años en el desierto de Arabia (Gal. 1:17, 18), Pablo regresó a Jerusalén para ver a Pedro y quedarse con él (c. 34-36 d. C.). Entonces Pablo escribió: "Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Santiago, el hermano del Señor" (1:19). ¡Santiago fue uno de los primeros hombres de Jerusalén en presenciar la renovación de Pablo! En esto, Santiago y Pablo compartieron la misma experiencia, ser testigos del Señor resucitado, y el resultado para ambos fue revolucionario.[3]

Por lo tanto, a través de la visita personal de Pablo a Santiago (como se registra en Gálatas 1:19), Pablo reconoció los dones apostólicos de Santiago— no como uno de los apóstoles originales— sino como alguien que se mostró a sí mismo como líder y testigo de la resurrección de Jesús.[4]

Ahora, fortalecido y animado por el testimonio de Pablo y su gran estima por él, Santiago llegó a ser un líder en la iglesia de Jerusalén.

Sus habilidades de liderazgo se desarrollaron durante diez años, y Hechos 12 revela a Santiago como uno de los que recibió el informe de la milagrosa liberación de Pedro de la prisión de Herodes (c. 44 d. C.). Aquí, Pedro ordenó a la familia de Rode: "Haced saber esto a Jacobo [Santiago] y a los hermanos" (Hechos 12:17). A través de esto, la fe de Santiago fue fortalecida al ser testigo del milagro.

A medida que Santiago se desarrollaba como líder, se convirtió en escritor. Se sintió inspirado para escribir *La Epístola de Santiago* a los cristianos hebreos, comúnmente considerada el primer libro del Nuevo Testamento, escrito alrededor del 37-50 d. C.[5] Curiosamente, tras haber crecido con Jesús y haber sido testigo de su resurrección, Santiago en su epístola no hace referencia a la vida, el sufrimiento, la muerte ni la resurrección de Jesús. Más bien, se centra en la aplicación práctica de pertenecer a Cristo, escribiendo que "así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Stg. 2:17). Con humildad, Santiago se llamó a sí mismo "siervo de Dios y del Señor Jesucristo" (1:1), y entendió que estaba llamado a vivir lo que había visto más allá de la tumba vacía, a servir a su Señor resucitado.

Los temas de la epístola general de Santiago a los cristianos hebreos coincidieron perfectamente con lo que vendría después. Poco después de que Santiago escribiera su epístola, lo encontramos en su momento más significativo como presidente del Concilio de Jerusalén (c. 49-50 d. C.). Hechos 15 registra la primera, y posiblemente una de las decisiones más importantes en toda la historia de la iglesia. Como prototipo de los sínodos eclesiásticos de hoy, particularmente en su proceso y estructura general y en su deseo de buscar la voluntad del Espíritu Santo (Hechos 15:28), el Concilio tuvo la tarea de deliberar y responder una pregunta doctrinal esencial: "¿Es necesario que los gentiles sean circuncidados para ser aceptados como miembros de la iglesia?" (15:1-6). Lo que estaba en juego era la doctrina de la justificación.

A través del testimonio de Pedro, Pablo y Bernabé, junto con la deliberación de los apóstoles y los ancianos, Santiago anunció la decisión: ¡No! "No se inquiete [cargue] a los

gentiles" (Hechos 15:19).

¡Qué momento! La iglesia, mediante el poder del Espíritu, asestó un golpe mortal al espíritu judaizante que pretendía imponer la circuncisión y la ley mosaica, además de la fe en Cristo. ¡La decisión del Concilio fue la justificación solo por la fe!

De mayor importancia en esta decisión fue la guía de Santiago al redactar la carta oficial que se enviaría a las iglesias. Específicamente, Santiago y los demás incluyeron ciertas reglas para regular la comunión en la mesa entre judíos y gentiles en la iglesia y reconocieron las inclinaciones y tentaciones de los gentiles a regresar a sus vidas idólatras. "Sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre" (Hechos 15:20, 29).

En esto vemos que Dios usó a Santiago para guiar a su iglesia en medio de un desacuerdo doctrinal. Santiago se había convertido en una columna de la iglesia (Gal. 2:9) y cumplió fielmente su oficio, no solo en la cuestión específica planteada en Hechos 15, sino también para ayudar a los cristianos de Judea a comprender la persona y la obra de Jesucristo.

Por lo tanto, el liderazgo de Santiago era increíblemente influyente, especialmente entre los cristianos judíos. Pablo, al narrar el incidente de Pedro en Antioquía (c. 49-50 d. C.) en Gálatas 2:11-14, escribió: "Pues antes que viniesen algunos de parte de Santiago, él [Pedro] comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión" (v.12). Aunque Santiago no habría respaldado lo que hizo Pedro, el comportamiento de Pedro fue influenciado directamente por aquellos relacionados con Santiago.[6] Aunque Santiago tuvo sus propios momentos de debilidad, él creía de todo corazón en una iglesia no segregada: judíos y gentiles eran espiritualmente iguales.

Esto quedó demostrado, ya que el liderazgo de Santiago en Judea continuó varios años después, cuando Pablo regresó a Judea al concluir su tercer viaje misionero, alrededor del año 58 d. C. Este regreso fue un presagio de aprensión (Hechos 21:10-12), pues a medida que el evangelio se extendía a los gentiles, Pablo fue acusado de enseñar que los judíos debían abandonar sus costumbres ancestrales. Pablo sabía que el Sanedrín no recibiría bien su presencia.[7]

Pero días antes del esperado arresto de Pablo y su inminente sufrimiento, Santiago lo saludó y lo atendió. Hechos 21:18-20a dice:

> Al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo [Santiago], y se hallaban reunidos todos los ancianos; a los cuales, después de haberles saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio. Cuando ellos lo oyeron, glorificaron a Dios....

Este pasaje demuestra *tanto* el liderazgo de Santiago *como* su aprobación del trabajo de Pablo con los gentiles. Aunque Dios llamó a Santiago a la región de Judea, Santiago mantuvo su comprensión de la creciente evidencia de la universalidad de la iglesia. En su ascensión, Jesús había dicho: "Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). La experiencia de Santiago en aquella primera reunión de oración, después de que Jesús pronunciara estas palabras, reafirmó su creencia en el alcance total de la membresía de la iglesia. Y él reconocía el impacto y la importancia de la fiel labor de Pablo.

Finalmente, la renovada aparición del Señor resucitado condujo a Santiago a un fiel ministerio de treinta años. El historiador judío Flavio Josefo (c. 37-100 d. C.) y la tradición de la iglesia primitiva citan el trágico martirio de Santiago en Jerusalén alrededor del año 62 d. C. Santiago fue ejecutado mediante lapidación, instigado ilegalmente por la jurisdicción temporal del sumo sacerdote Anás (hijo del Anás de los Evangelios), mientras que Albino, quien reemplazaría a Festo (Hechos 25, 26), se dirigía a Jerusalén como nuevo procurador de Judea.[8] Por la providencia de Dios, a través de las manos de hombres

impíos, Santiago, un hombre renovado por la *visión* de su Salvador resucitado, ahora vio a Jesús en su gloria ascendida.

Incluso cuando Santiago escribió: "Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas" (Stg. 1:18), él entendió cómo Dios, de acuerdo con su voluntad divina, planeó eternamente su propia renovación espiritual y la manifestó perfectamente en su propio hermano terrenal, el Hijo del Hombre. El "primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8:29).

Verdaderamente su hermano mayor.

Y también el nuestro.

Así que hoy, estamos de pie ante la tumba vacía. No lo hemos visto cara a cara. Pero las Escrituras lo revelan y cada semana disfrutamos de su presencia al escuchar su voz. Por lo tanto, como aquellos que "habían estado con Jesús" (Hechos 4:13), estamos llamados a vivir como testigos de Él, porque él habita en nosotros. Ya sea en la cima de la montaña de la fe, o en lo profundo del valle, cuando la sombra de la montaña se cierne con fuerza, vivimos como aquellos que, al igual que Santiago, están *seguros* del Señor resucitado y de nuestra propia recompensa.

Sin la resurrección de Jesús, el evangelio sería una mentira, nuestra fe sería en vano y no habría esperanza para el futuro (1 Cor. 15). Pero lo tenemos todo, porque, como Santiago, nuestra fe se *convertirá* en vista. Nosotros *veremos* a Jesús cara a cara y por siempre alabaremos al Señor resucitado, nuestro Hermano mayor, quien en amor nos reunió en su familia.

[1] El Santiago de este artículo debe distinguirse de los dos Santiagos contemporáneos del Nuevo Testamento, ambos discípulos convertidos en apóstoles. Primero, está Santiago, hijo de Alfeo ("Santiago el Menor"), de quien se sabe poco (Mt. 10:3). Segundo, está Santiago, hijo de Zebedeo ("Santiago el Mayor"), quien fue el primer apóstol martirizado por Herodes Agripa en el año 44 d. C. (Hch. 12:2). Era hermano de Juan y pertenecía al círculo íntimo de Jesús junto con Pedro (Mt. 17:1; Mc. 10:35-40). Además, es posible que existieran otras dos figuras menores llamadas Santiago (Mc. 15:40; Lc. 6:16)

[2] Véase R.C.H. Lenski, *The Interpretation of the Epistle to the Hebrews and of the Epistle of James* [La interpretación de la Epístola a los Hebreos y de la Epístola de Santiago], (Columbus, OH: Wartburg Press, 1946), 506.

[3] Para más información sobre esta experiencia compartida, véase F.F. Bruce, *Pedro, Esteban, Santiago y Juan*: *Estudios sobre el cristianismo no Paulino*, (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1979), 87.

[4] A veces, la palabra "apóstol" se usaba en un sentido más amplio, y no solo para referirse a los apóstoles originales. Además de Santiago, este uso más amplio se aplicaba a Bernabé (Hechos 14:14), Silas y Timoteo (1 Tes. 2:6), Andrónico y Junias (Rom. 16:7) y Epafrodito (Fil. 2:25)

[5] William Hendriksen, *Estudio bíblico*: *A Treasury of Bible Information* [un tesoro de información bíblica], (Grand Rapids, MI: Baker, 1947), 198.

[6] Para más información sobre el incidente de Antioquía y su importancia, véase "The Consolation of Barnabas" [La consolación de Bernabé], vol. 99, n.º 18, *Standard Bearer* (Julio 2023), pag. 422, 423.

[7] Estas dificultades lo llevarían a un encarcelamiento de dos años en Cesarea antes de apelar al emperador Nerón en Roma (Hechos 21-28)

[8] F.F. Bruce, *Pedro, Esteban, Santiago y Juan*, pag. 110, 111